

¡AY, LOS PIRATAS!

En este pueblo, como en otros, a todos nos dan pena nuestros muertos. Si es primavera ya que no verán los campos florecer ni disfrutarán de las risas conocidas de los vecinos que aún vivimos. Si es invierno no escucharán la campana que llena el cielo anunciando su despedida. Son de la especie que solo siente el caer del pétalo de una rosa o cómo crecen las semillas que florecen en una sonrisa. Si es otoño no observarán el color ocre de nuestros campos ni gozarán de la lluvia en sus rostros. Si es verano ya no podrán regocijarse con el barullo de niños jugueteando en los parques ni soportarán el sonido de la luna sobre sus manos.

En este pueblo, como en otros, podemos recorrer calles ensortijadas, paraísos resumidos en el horizonte, saludar a los vecinos durante intensos minutos, escuchar el tañer de las campanas, de los cuartos y de las horas enteras bien entrada la noche, ascender a castillos inhóspitos borrados y reconstruidos en lo más empingorotado de la más alta montaña, escuchar las tertulias vespertinas a la luz de la luna del vecindario que ríe, cuenta, suspira y te deja absorto en tus pensamientos, vibrar con la banda de música en día de fiesta, observar a los visitantes medio perdidos por el laberíntico tramado de nuestros rincones siempre buscando lo más elevado para poder ubicarse, saborear viandas de caldero con aroma a casero, escuchar el silencio del forastero ante tanta belleza, cultivar sonrisas robadas a nuestras pupilas. Podemos aprender los retos de la vida diaria y sencilla, sorprendernos con arremolinados grupos de rastrojos en las esquinas de nuestras ruinas.

En este pueblo, como en otros, a todos los vivos nos remuerden algunos recuerdos en la garganta y nos sabemos enmudecidos en el momento de nuestra despedida, pero aprovechamos mientras estamos vivos para celebrar la vida, para celebrar nuestras palpitaciones, para recordarnos cómo se desvanecen los pétalos de las rosas o cómo crecen las semillas que florecen en nuestras sonrisas. Estamos vivos y

cantamos y soñamos y reímos y sollozamos y suspiramos y recordamos y ... un cúmulo de infinitas acciones que nos ayudan a despertar cada día.

En este pueblo, como en otros, escuchamos engalanadas leyendas, como la de Sopeña, el toro de fuego, la rubia de la curva, la de "Ojosacau", siempre mezclando lo humano con lo sobrenatural, mezclando a los vivos con los muertos, es ahí donde fluye el romanticismo de nuestra historia cual texto becqueriano conocido por mí y por muchos. Leyendas cuya llama debemos mantener viva por los siglos de los siglos, generación tras generación para seguir sintiéndonos pueblo, recuerdos vivos en nuestras calles y en nuestros valles.

Me fascina ver las caras de mis alumnos ante tales dijenas, se sorprenden y quieren saber más y más y me dejan perpleja con sus dudas y preguntas. Yo suspiro y les pido paciencia con sus porqués, que imaginen y embellezcan estas historias tan mágicas y románticas, que se las crean o no, que tengan criterio propio, que se las cuenten a otros y a otras, que añadan algún dato fantástico para que no caigan en el olvido de este pueblo, como en otros. Les pido que sean románticos, que investiguen, que escriban lo que escuchen de nuestros antepasados. Sus jóvenes y juguetonas mentes se dedican a imaginar a reescribir de memoria lo que han escuchado de sus abuelos con tanta diligencia como Bécquer lo hizo en su momento, con esas ansias de cuando uno es joven, de cuando la imaginación va más allá de sus argumentos para salir el sábado por la noche. De repente un alumno me pone entre la espada y la pared preguntándome:

- Entonces, ¿Qué tengo que hacer, preguntarle a mi abuelo, convertirme en Bécquer o exponer mis argumentos para que me dejen salir este sábado a la discomóvil de San Antón?

Yo respiro hondo, cuento hasta diez, presto atención a mi respiración pensando que o yo no me he explicado bien o el alumno no se ha enterado de nada, asumo mi culpa y con tranquilidad pido que hagan un kit kat en sus tareas y que me escuchen:

- Vuestra tarea para este fin de semana es la de averiguar la información sobre una leyenda de vuestro pueblo por parte de vuestros abuelos o abuelas, madres o padres, la escribáis para que resulte bella y creíble. El lunes, en clase la leeremos todas y veremos las distintas variedades de este tipo de textos y más tarde entre todos reescribiremos consensualmente la leyenda y la publicaremos en la web del instituto. Si queréis salir el fin de semana a la discomóvil esa ya es otra historia con vuestros padres. A mí no me metáis en esa situación. Tan solo he dicho que utilizéis vuestra imaginación como cuando la usáis para que os dejen salir el fin de semana.

- ¿Entonces solo escribir una leyenda?- me espeta el alumno.

- Sí, tan solo escribir una leyenda que se sepa algún familiar tuyo, que te la cuente y luego tú la escribes - respondo yo.

- Okis- me responde el alumno.

Es el momento en el que introduzco la teoría sobre el Romanticismo, época que me fascina y a la que voy a dedicar unas cuantas sesiones, aunque ellos todavía no lo saben. Les hablo de Espronceda y su Canción del pirata. Aprovecho entonces para que se sientan piratas y se suban encima de sus mesas para recitar el poema, que cojan un bolígrafo a modo de espada para representarlo. Dudan si subir o no sobre sus mesas con una pizca de escepticismo, mirándose los unos a los otros, pensando ¿Subimos a la mesa o no?, qué le ha pasado a la profe, entonces suspiran ellos hasta que Jaime se sube a la mesa sin ninguna vergüenza, mira a sus compañeros y les incita a sentirse románticos, les pide que infrinjan las reglas del aula por unos instantes. Le siguen poco a poco todos sus alumnos, en algunos se intuye la incertidumbre de ¿Y esto para qué?, pero son románticos y se suben a sus respectivas mesas. Entonces en la pantalla de la clase aparece impresa la letra de la Canción del pirata. La leen todos, cada uno para sí y cuando yo se lo pido, la leen todos al unísono. Al acabar les aplaudo y permanecen entre perplejos y tranquilos sobre sus mesas. Han recitado un poema blandiendo su boli a

modo de espada: Lo han interpretado bastante bien, sin embargo un momento después duplico en la pantalla el poema de la mano del conjunto rockero Tierra Santa, apoyado en imágenes de la película Piratas del Caribe, y es ahí cuando lo entienden todo, sus bolis se tornan espadas, sus cuerpos se mueven inducidos por la música y cantan y se sienten realmente piratas en el barco, sienten la libertad en sus corazones. Cuando acaba la canción que, por los decibelios alcanzados, ha escuchado casi todo el instituto, son ellos, mis queridos piratas los que aplauden. Se crea barullo, se sienten felices, desinhibidos, sus almas se acercan a las almas de los románticos. Doy por finalizada la clase, los relajo un poco para que cuando entre mi compañero de matemáticas, que es la asignatura que tienen a continuación, pueda ser escuchado por esos jóvenes corazones libres. Cuando llega Eduardo me disculpo por si ve que los alumnos se sienten un poco alterados, distraídos, le cuento la experiencia que han vivido en mi clase. Entonces me dice:

- Tranquila, que hoy vamos a dar la clase en el patio, tenemos que calcular áreas y vamos a hacerlo in situ para que trabajen y aprendan los unos de los otros.

Me despido de ellos y les deseo fin de semana, pero solo me han escuchado algunos alumnos de la primera fila. Me marcho del instituto porque es mi última hora de la semana en el centro.

El fin de semana transcurre en un suspiro, no sé si por saber de las leyendas de mis alumnos o por la paz con la que me lo he tomado. De repente amanece el lunes y el despertador me anuncia que el romanticismo vuelve a mi vida y a mi aula, vuelve la energía de mis adolescentes cual libres piratas del mundo actual.

Son casi las ocho de la mañana, me gusta ser puntual y un rato antes yo ya estoy en el aula con todo mi afán por preparármelo todo, para ir saludando a cada uno de los piratas que, poco a poco, van entrando en el aula con cara de lunes y empiezo a pensar que estos no son los mismos piratas que anduvieron el sábado por la noche por la discomóvil de San Antón, ni los que me dejé en el aula el viernes a mediodía. Sus rostros

y sus extremidades están atrapados por Morfeo. Mi tarea va a ser la de espabilarlos y sacar toda esa genialidad que llevan dentro. También me pregunto si habrán tenido un rato este fin de semana para realizar la tarea de investigación, pues tal como voy observando en sus faces, la respuesta es NO. Con toda la ilusión con la que yo había preparado esta situación de aprendizaje y tal vez hoy me dé de bruces con la auténtica realidad, pero no voy a anticipar, sea lo que sea que haya hecho, me parecerá bien, al fin y al cabo yo también he tenido su edad, pero ningún profesor hizo que me sintiera pirata.

Suena el timbre de las ocho de la mañana de comienzo de la semana, dejo la puerta entreabierta dado que no todos los huecos están ocupados, suelen ser los habituales los que siempre llegan tarde, pero no quiero que se pierdan la clase. Entonces duplico en la pantalla la canción de la mañana, que es habitual en mis clases. Hoy comienzo la clase con la canción titulada: "Hecho con tus sueños" de Efecto pasillo, porque creo que les despierta y todos y cada uno de ellos están contruidos a base de sueños, que tal vez los adultos no alcanzamos a reconocer. A medida que va avanzando la melodía de la canción se van llenando los huecos del aula y alguno que otro tararea la canción. He apagado las luces y estoy segura de que alguno habrá sido atrapado en los brazos de Morfeo. Acaba la canción, enciendo la luz y mis pobres alumnos se dan cuenta de que es lunes, que esto va de verdad y el espectáculo del horario comienza ya, cada asignatura, un profesor, unas manías, unas maneras de ser y hacer al cual se han ido acostumbrando a lo largo de estos cuatro años.

Empiezo la clase deseándoles los buenos días y les pido que saquen la tarea que les pedí el viernes, poco a poco y con la agilidad de un lunes a primera hora van sacando sus materiales, nadie me mira por si le pregunto, no están en su mejor momento, a lo largo y ancho del día van teniendo mejores momentos que éste. Pregunto, en general, a ver qué versiones tienen de alguna leyenda y no hay respuesta alguna, la libertad de La Canción del Pirata se ha quedado en agua de borrajas y la pasión parece simplemente

ardiente en mí. Siento que no tengo derecho a cabrearme y decido empezar por una leyenda, la más conocida en este pueblo “La leyenda de Sopeña”. Pregunto si alguien sabe algo de esta leyenda, si han oído algo. Empiezo preguntándoles si saben dónde está Sopeña y claro, ante tan sencilla cuestión todos asienten, ¡bien!, pienso para mis adentros, vamos despertando. María dice que ella solo va a Sopeña a ver cómo sube los toros durante la semana de toros de este pueblo. Juan nos informa de que en Sopeña hay una peña, o sea, una roca que es la de la Peña del Guitón y que sus abuelos son del Guitón. Estamos en racha, al menos la fiesta va despertando sus subconscientes. Ana se atreve a decir que su abuelo le dijo algo de un canónigo, un sacerdote o algo así, una peña y un burro, pero que no la escribió. Reconozco que no es la mejor hora para pensar, pero todo va viento en popa. De repente Julia habla sobre un canónigo que iba paseando por el paseo de Sopeña y por el Rialé subía un agricultor con su burro, pero no se acuerda de más. Antonio añade que una roca se estaba descarnando de la montaña debido a las lluvias que se habían sucedido en días anteriores y que si seguía rodando la peña aplastaría al agricultor con su burro. Entonces nos sorprende Elisa, una alumna que no suele hablar, diciendo que entonces el canónigo gritó: “SO, PEÑA” y la peña se paró y no causó ningún desastre. De repente en el aula se genera un debate:

- No era el canónigo el que gritó SO, PEÑA, fue el agricultor - explica Toni.

- Que el burro no era un burro, que era un asno - rectifica Ana.

- Sí, el que gritó fue el canónigo, pero no era un agricultor el que estaba en peligro era un hombre que iba leyendo - comenta Luis.

- Que no, que el que leía era el canónigo - replica Julia.

- Que una persona no puede leer y caminar - añade Juan.

- Sí, yo conozco a una señora que va caminando y va leyendo al mismo tiempo y no se cae ni la han atropellado ni nada - dice Elena.

- Yo también la he visto, entonces el canónigo también podría ir leyendo, pero ¿Cómo ve que se está cayendo la peña? - explica Antonio.

- Por el ruido que haría la peña al rodar, el canónigo no creo que llevara auriculares y escucharía el estruendo - aclara Elena.

- No había ni agricultor ni burro ni asno ni auriculares, fue el canónigo el que gritó - dice Dani.

- Ahhhh, sí, es la Peña del Guitón, me dijo mi abuela. Mis abuelos son del Guitón - recuerda Juan.

Me gusta, mis románticos piratas han despertado y voy a poder realizar la tarea que me había propuesto. Entre todos ellos y consensuando sus pareceres conformaron el texto de la leyenda. ¡Bendito lunes, mis piratas convertidos en becquerianos han reescrito una leyenda de este pueblo, una de las más conocidas! La imprimimos en papel semejante al papiro y nos vamos a la Muralla de este pueblo y Jaime se pone en un arco de la misma y la narra en voz baja el texto, Ana, que está al final de la muralla escucha perfectamente la leyenda. Todo es un misterio, la leyenda que escribieron mis queridos alumnos, la reverberación de la muralla y el canónigo que gritó la orden "SO, PEÑA". Lo único cierto es que en este pueblo, como no en otros, hay un hermoso paseo que se denomina SOPEÑA y también sé que mis piratas favoritos guardarán la leyenda y continuarán con la tradición oral para que no caiga en el olvido, como nuestros muertos.